

ABUELOS

Diego Gracia

Presidente de la Fundación de Ciencias de la Salud

La esperanza de vida al nacimiento de la población española en 2020, la última hecha pública por el Instituto Nacional de Estadística, era de 82,33 años, con un descenso de 1,49 respecto al año anterior. Este descenso rompe de modo muy llamativo la línea ascendente que había venido manteniéndose de modo ininterrumpido durante las décadas anteriores. La causa es bien conocida, la pandemia de Covid-19. Aún no conocemos las cifras definitivas correspondientes al año 2021, pero es razonable pensar que habrá un nuevo descenso, aunque quizá menos acusado. Y cuando se consiga volver a la normalidad anterior a la pandemia, la cifra volverá a crecer al ritmo que nos tenía acostumbrados, que es de dos años por década. De lo que cabe inferir que la esperanza de vida al nacimiento será dentro de tres o cuatro décadas de 90 años. Algo no solo nuevo en la historia de la humanidad, sino que es más del doble de la esperanza de vida de nuestros antepasados de hace solo cien años. Conviene recordar que la esperanza de vida al nacimiento en la España de 1900 era de 34,76 años, y que en esto coincidía con la de los otros países occidentales.

No solo se ha prolongado la esperanza de vida sino también la llamada esperanza de vida útil, de modo que vivimos más y con mayor calidad. Empezamos a ser viejos más tarde. Pero, aun así, es claro que los años ganados son los propios de la vejez, sin que se haya producido un incremento proporcional en los años de infancia o juventud, e incluso en los de madurez. La etapa de formación es cada vez más prolongada, retardando la incorporación al mercado laboral hasta el entorno de los 30 años. Y la época productiva monopoliza los siguientes treinta o cuarenta. Lo cual significa que la llamada “tercera edad” abarca un periodo de tiempo cada vez más amplio, que en el próximo futuro tendrá una duración igual o incluso superior a la de sus precedentes.

Goethe dividió la vida humana en tres periodos que denominó “años de formación” (*Lehrjahre*), años de peregrinaje (*Wanderjahre*) y años de magisterio (*Meisterjahre*). Traducido al lenguaje actual, “años de formación”, “años de ejercicio” y “años...” ¿Cómo calificar estos últimos? Es dudoso que a alguien se le ocurriera llamarlos de “magisterio”, conforme a la sugerencia de Goethe. Parecen ser más bien años de ocio, sin otra consigna que el *dolce far niente*. No hay rol específico para el viejo en nuestra sociedad. Lo cual es tanto como decir que está “de sobra”. En su novela *La náusea*, Sartre hizo célebre la expresión *de trop pour l'éternité*. No hay más que ver la proliferación de residencias de ancianos, en las que el residente parece estar de sobra, a la espera la muerte. Ramón Bayés ha llamado a las residencias de ancianos, “residencias para la espera”; de espera, pero sin esperanza.

Por eso resultan tan llamativos los resultados que en estas últimas décadas se han venido publicando sobre la llamada “hipótesis de la abuela” (*the grandmother hypothesis*). En ellos parece corroborarse la idea adelantada por el biólogo George C. Williams en 1957, de que la menopausia de las abuelas es un fenómeno adaptativo surgido en la evolución humana para hacer posible que ayuden a sus hijos e hijas en el cuidado y crianza de los hijos de éstos, es decir, de sus nietos. Esta hipótesis goza hoy de amplio consenso entre biólogos y antropólogos. Según Kristen Kawles, la mayor implicación emocional de las abuelas en el cuidado de los nietos es un importante logro evolutivo, ya que el apoyo y la ayuda a sus hijas en edad fértil, permite que los genes familiares se transmitan en mayor número a la descendencia. Lejos de resultar personas inútiles, las abuelas desempeñan de este modo un claro e importante papel evolutivo.

En la misma dirección se mueve un reciente artículo publicado por James K. Rilling, Amber Gonzalez y Minwoo Lee en noviembre de 2021, y que se titula “The neural correlates of grandmaternal caregiving”. Estudiando mediante resonancia nuclear magnética la respuesta cerebral de las abuelas al ver fotografías de sus nietos, estos investigadores han comprobado que la activación de las áreas cerebrales responsables de la respuesta emocional empática en las abuelas es muy superior a la desencadenada por ese mismo estímulo en los cerebros de los padres. Se ha comprobado, además, que el vínculo entre las abuelas y los nietos no solo es distinto y mayor que el que tienen con sus padres, sino que además mejora significativamente las respuestas académicas, sociales, comportamentales y físicas de estos últimos. El autor principal de este trabajo, Rilling, concluye que en el cerebro hay un *global parenting caregiving system*, responsable del comportamiento de las abuelas con sus nietos.

¿Los abuelos, clase pasiva? Quizá estamos redescubriendo algo que la humanidad ha sabido desde épocas ancestrales, que los abuelos son los depositarios de las tradiciones de la colectividad y transmisores de la sabiduría de la vida. Ese depósito de valores, aquel que nos dota de identidad, es el que ellos pueden y deben transmitir a sus nietos. Lejos de constituir una clase pasiva, ociosa y sin misión específica, los abuelos son parte integral de nuestra propia identidad personal y colectiva. Respetarles a ellos es respetarnos a nosotros mismos. Y asegurar nuestro futuro como especie.